

## ENSAYO

# EL MATRIMONIO Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA REALIDAD\*

**Peter Berger**

Desde una perspectiva sociológica, y más específicamente dentro de lo que puede denominarse "microsociología" del conocimiento, en este artículo se examinan las características que asume y la función que desempeña el matrimonio en las sociedades industriales contemporáneas, en términos de los procesos de construcción social de la realidad. A diferencia de lo que ocurría en el pasado, donde la relación marital era parte de un ámbito considerablemente más amplio de conversación, los cónyuges en la sociedad de hoy emprenden la tarea de construir el pequeño submundo que les permitirá experimentar su vida como dotada de sentido. Esta importante responsabilidad, sostienen los autores,

\*Artículo elaborado en conjunto con Hansfried Kellner.

Traducido al castellano y publicado en *Diógenes*, 46 (junio de 1964), Buenos Aires: Editorial Sudamericana. La versión original en inglés fue posteriormente incluida en el libro de Peter Berger *Facing Up to Modernity: Excursions in Society, Politics and Religion* (Nueva York: Penguin Books, 1977). La traducción al castellano reproducida aquí es del Centro de Estudios Públicos.

"Director del Institute for the Study of Economic Culture de la Universidad de Boston (Massachusetts, EE. UU.) y profesor de sociología en la misma institución. Autor de numerosos artículos y libros entre los que cabe mencionar *The Social Construction of Reality. A Treatise in the Sociology of Knowledge* (1966), *Pyramids of Sacrifice* (1976) y su libro más reciente, *The Capitalist Revolution. Fifty Propositions about Prosperity, Equality and Liberty* (1987). Sus artículos "El subdesarrollo reexaminado", "El capitalismo como fenómeno" y su conferencia "Observaciones acerca de la cultura económica" fueron reproducidos en los números 31, 38 y 40, respectivamente, de *Estudios Públicos*.

implica un esfuerzo considerable de parte de los cónyuges, pues el matrimonio constituye, en cierto modo, una nueva etapa de socialización -comparable a aquellas de la niñez y la adolescencia- en la que deben concillarse dos definiciones individuales de la realidad. En un mundo en que el individuo se ve fuertemente amenazado por la *anomía*, la institución del matrimonio juega un papel importante de protección y, a su vez, crea un espacio de integración.

A partir de Durkheim, la noción de que el matrimonio sirve de protección al individuo contra la *anomía* ha sido un lugar común de la sociología de la familia. Aunque interesante y pragmáticamente útil, esta percepción no constituye sino el lado negativo de un fenómeno de significación mucho más vasta. Si se habla de estados *anómicos*, entonces se deberían investigar también los procesos *nómicos* que, por su ausencia, conducen a los estados antes mencionados. Si, en consecuencia, se encontrase una correlación negativa entre matrimonio y *anomía*, debería entonces investigarse el carácter del matrimonio como un instrumento constructor del *nomos*, es decir, el matrimonio como un ordenamiento social que crea para el individuo el tipo de orden que le permite experimentar su vida como provista de sentido. Nuestra intención aquí es discutir el matrimonio moderno en estos términos. Aunque esto se podría abordar desde una perspectiva macrosociológica, considerando al matrimonio como una institución social importante relacionada con otras estructuras generales de la sociedad, nuestro enfoque será microsociológico, referido principalmente a los procesos sociales que afectan a los individuos en cualquier matrimonio específico, aunque, por supuesto, habrá que comprender el marco más amplio de estos procesos. En qué sentido esta discusión puede ser descrita como microsociología del conocimiento, es de esperar quede aclarado en el curso de la misma.<sup>1</sup>

Obviamente, el matrimonio es sólo una de las relaciones sociales en las que este proceso de construcción del *nomos* tiene lugar. Por lo tanto, primero es necesario examinar en términos más generales el carácter de este proceso. Al proceder de este modo reconocemos la influencia de tres perspectivas teóricas: la perspectiva weberiana de la sociedad como una red de significados; la perspectiva de Mead, que considera la identidad como un fenómeno

<sup>1</sup>Este capítulo ha surgido de un proyecto más extenso en que los autores han trabajado en colaboración con tres colegas en sociología y filosofía. El proyecto consiste en producir un tratado sistemático que integrará un número de hilos teóricos aislados en la sociología del conocimiento. (Este proyecto sirvió de base para el libro de Peter Berger y Thomas Luckmann, *The Social Construction of Reality* [Garden City, Nueva York: Doubleday, 1966].)

social; y el análisis fenomenológico de la estructuración social de la realidad, especialmente como ha sido presentado en los trabajos de Schutz y Merleau-Ponty.<sup>2</sup> No convencidos de que la lucidez teórica aumente necesariamente con la ponderosidad terminológica, evitaremos, en tanto sea posible, el uso del tipo de lenguaje especial por el cual tantos sociólogos como fenomenólogos han adquirido dudosa notoriedad.

El proceso que aquí nos interesa es uno mediante el cual se construye, mantiene y modifica una realidad coherente que puede ser experimentada de un modo significativo por los individuos. En sus formas fundamentales, este proceso es determinado por la sociedad específica en la que tiene lugar. Cada sociedad tiene su manera particular de definir y percibir la realidad -su mundo, su universo, la organización de símbolos que la rodea-. Esto ya está dado en el lenguaje que forma la base simbólica de la sociedad. Erigido sobre esta base, y por medio de ella, constituye un sistema de tipificaciones preconcebidas, a través de las cuales llegan a ordenarse las innumerables experiencias de la realidad.<sup>3</sup> Estas tipificaciones y su ordenamiento son poseídas en común por todos los miembros de la sociedad, con lo cual no sólo adquieren el carácter de objetividad sino que se dan por sentadas como *el mundo tout court*, el único mundo que el hombre normal puede concebir.<sup>4</sup> El carácter aparentemente objetivo y dado por sentado de las definiciones sociales de la realidad se puede ver con mayor claridad en el caso del lenguaje mismo, pero es importante recordar que este último constituye la base y el instrumental de un proceso mucho más extenso de construcción-del-mundo.

El mundo construido socialmente debe ser continuamente mediado y, a su vez, actualizado por el individuo, de modo que pueda también convertirse en, y continuar siendo, *su mundo*. El individuo recibe de la sociedad ciertas piedras angulares decisivas para sus vivencias y comportamiento diarios. Más importante aún, al individuo se le proporcionan conjuntos específicos de tipificaciones y criterios de relevancia, predefinidos por la sociedad y puestos

<sup>2</sup>Véanse especialmente Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft* (Tuebingen: Mohr, 1956); Max Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre* (Tuebingen: Mohr, 1951); George H. Mead, *Mind, Self and Society* (Chicago: University of Chicago Press, 1934); Alfred Schutz, *Der sinnhafte Aufbau der sozialen Welt* (Viena: Springer, 1960); Alfred Schutz, *Collected Papers*, vol. I (La Haya: Nijhoff, 1962); Maurice Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perception* (París: Gallimard, 1945); Maurice Merleau-Ponty, *La structure du comportement* (París: Presses Universitaires de France, 1953).

<sup>3</sup>Véase Schutz, *Aufbau*, *op. cit.* pp. 202-220; Schutz, *Collected Papers*, vol. I, pp. 3-27, 283-286.

<sup>4</sup>Véase Schutz, *Collected Papers*, vol. I, pp. 207-228.

a su disposición para el ordenamiento de su vida cotidiana. Este ordenamiento, o (de acuerdo con nuestras consideraciones iniciales) dispositivo *nómico*, es acumulativo en términos biográficos. Comienza a formarse en el individuo a partir de las primeras etapas de socialización, luego es acrecentado y modificado por él mismo a lo largo de su vida.<sup>5</sup> Aun cuando hay diferencias biográficas individuales responsables de las diferencias en la constitución de este dispositivo en individuos específicos, existe en la sociedad un consenso general en cuanto a los límites de diferenciación considerados tolerables. Sin tal consenso, en efecto, la sociedad no sería posible como empresa viable, puesto que estaría desprovista de los principios ordenadores a través de los cuales la experiencia aislada puede llegar a compartirse y las conductas ser mutuamente inteligibles. Este orden, por medio del cual el individuo llega a percibir y a definir su mundo, no es, por tanto, escogido por él, salvo, tal vez, en lo que toca a algunas modificaciones muy pequeñas. Más bien, es descubierto por él como un dato exterior, como un mundo prefabricado que simplemente está *ahí*, para que él siga su marcha y viva en él, aunque lo vaya modificando constantemente en el proceso de vivir en él. Sin embargo, este mundo necesita ser validado, precisamente, quizás, por una permanente sombra de sospecha acerca de su elaboración social y relatividad. Esta validación, aunque debe ser realizada por el individuo mismo, requiere de una constante interacción con otros cohabitantes de este mismo mundo socialmente construido.

En un sentido amplio, *todos* los otros habitantes de este mundo cumplen una función de validación. Cada mañana el repartidor de diarios valida las coordenadas más vastas de mi mundo y el cartero proporciona una validación tangible de mi propia posición dentro de estas coordenadas. Sin embargo, algunas validaciones son más importantes que otras. Cada individuo necesita de la continua validación de su mundo, incluyendo, de manera crucial, la validación de su identidad y lugar en este mundo, por parte de aquellos pocos que son verdaderamente los otros significativos para él.<sup>6</sup> Del mismo modo que la carencia de relaciones con sus otros significativos sumirá al individuo en un estado de *anomía*, así también la continua presencia de ellos sustentará aquel *nomos* por medio del cual el individuo puede sentirse en su hogar en este mundo, al menos la mayor parte del tiempo. De nuevo, en un sentido amplio, todos los actos de los otros significativos, e incluso su

<sup>5</sup>Véase especialmente Jean Piaget, *The Construction of Reality in the Child* (Nueva York: Basic Books, 1954).

<sup>6</sup>Véase Mead, *Mind, Self and Society*, *op. cit.*, pp. 135-226.

mera presencia, sirven a esta función de sustentación. En la vida diaria, el principal método empleado es el lenguaje. En este sentido, resulta adecuado considerar las relaciones del individuo con sus otros significativos como una conversación continua. En el curso de ella se validan una y otra vez las definiciones fundamentales de la realidad de la que una vez se entró a formar parte, no tanto, por supuesto, por una articulación explícita, como por el hecho, precisamente, de dar por sentadas las definiciones, de un modo tácito, y de conversar acerca de todos los asuntos imaginables sobre esta base. A través de esta misma conversación el individuo aprende a adaptarse a contextos sociales cambiantes y nuevos. En un sentido fundamental, se puede decir que uno conversa su camino a lo largo de la vida.

Si se admiten estos puntos, puede entonces enunciarse una proposición sociológica general: *la plausibilidad y estabilidad del mundo, definido socialmente, dependen de la intensidad y continuidad de las relaciones significativas dentro de las cuales puede llevarse a cabo de un modo continuo la conversación sobre este mundo*. O, dicho de un modo distinto: *la realidad del mundo se mantiene a través de la conversación con "otros significativos"*. Esta realidad incluye no sólo las imágenes a través de las cuales los demás son vistos, sino también el modo en que uno se ve a sí mismo. La fuerza que confiere la realidad de las relaciones sociales depende del grado de proximidad,<sup>7</sup> es decir, del grado en que las relaciones sociales se den en situaciones de cara a cara y del grado en que ellas sean estimadas como importantes por el individuo. En cualquiera situación empírica surgen ahora preguntas sociológicas obvias a partir de estas consideraciones, a saber: preguntas acerca de los modelos de relaciones constructoras del mundo, las formas sociales que adopta la conversación con los otros significativos. Sociológicamente, uno debe preguntarse cómo se estructuran y distribuyen *objetivamente* estas relaciones, y también querrá uno comprender cómo ellas se perciben y experimentan *subjetivamente*.

Enunciados estos supuestos iniciales, podemos llegar a nuestra tesis central. Sostendremos que el matrimonio ocupa una posición privilegiada entre las relaciones de validación importantes para los adultos en nuestra sociedad. Puesto de otro modo: *el matrimonio es un instrumento nómico crucial en nuestra sociedad*. Es más, argumentamos que la funcionalidad social más esencial de esta institución no puede ser cabalmente comprendida si no se percibe este hecho.

Podemos ahora continuar con un análisis ideal-típico del matrimonio,

<sup>7</sup>Véase Schutz, *Aufbau*, *op. cit.*, pp. 181-195.

es decir, podemos intentar abstraer los rasgos fundamentales que encierra. En nuestra sociedad, el matrimonio es un acto *dramático* en el cual dos extraños se unen y se redefinen a sí mismos. El drama de este acto es anticipado internamente y legitimado socialmente mucho antes que tenga lugar en la vida del individuo, y es amplificado por una ideología extendida, cuyos temas dominantes (amor romántico, satisfacción sexual, autodescubrimiento y autorrealización a través del amor y la sexualidad, la familia nuclear como el lugar social donde ocurren estos procesos) pueden encontrarse a través de todos los estratos de la sociedad. En la vida del individuo, la realización de estas expectativas ideológicamente predefinidas tiene lugar en concomitancia con uno de los pocos ritos tradicionales de cambio de estado que todavía tiene significado para casi todos los miembros de la sociedad. Cabe agregar que al usar el término "extraños", no queremos decir que los candidatos al matrimonio provengan de estratos sociales muy diferentes; de hecho, los datos empíricos indican que suele suceder lo contrario. Lo "extraño" más bien radica en el hecho de que a diferencia de los futuros consortes en muchas sociedades pasadas, los de la nuestra provienen generalmente de contextos de comunicación directa diferentes; en los términos que hemos empleado antes, provienen de distintas áreas de conversación. No tienen un pasado común, aunque sus pasados tienen una estructura similar. En otras palabras, aparte de los modelos usuales de endogamia étnica, religiosa y de clase, nuestra sociedad es típicamente exogámica en términos de relaciones *nómicas*. Concretamente, en nuestra cambiante sociedad la conversación significativa, previa al matrimonio, de los futuros cónyuges, tiene lugar en círculos sociales que no se superponen. Con la dramática redefinición de la situación que ocasiona el matrimonio, todas las conversaciones significativas de los nuevos consortes se centran ahora en su relación mutua; de hecho, fue precisamente con esta intención que iniciaron esta relación.

Huelga decir que esta clase de matrimonio tiene sus raíces en configuraciones estructurales mucho más vastas de nuestra sociedad. La más importante de éstas, para nuestros propósitos, es la cristalización de la llamada esfera privada de existencia, apartada cada vez más de los controles inmediatos de las instituciones públicas (especialmente, económicas y políticas), y sin embargo, definida y utilizada como la principal área social para la autorrealización del individuo.<sup>8</sup> No podemos aquí entrar a investigar las

<sup>8</sup>Véase Arnold Gehlen, *Die Seele im technischen Zeitalter* (Hamburgo: Rowohlt, 1957), pp. 57-69; Gehlen, *Anthropologische Forschung* (Hamburgo: Rowohlt, 1961), pp. 69-77, 127-140; Helmut Schelsky, *Soziologie der Sexualität* (Hamburgo: Rowohlt, 1955), pp. 102-133. También véase Thomas Luckmann, "On Religion in Modern Society", *Journal for the Scientific Study of Religion*, Spring 1963, pp. 147-162.

fuerzas históricas que dieron origen a este fenómeno, sino sólo hacer ver que éstas están estrechamente relacionadas con la revolución industrial y sus consecuencias institucionales. Hoy en día las instituciones públicas enfrentan al individuo como un mundo inmensamente poderoso y extraño, incomprendible en sus mecanismos internos, anónimo en su carácter humano. Aunque más no sea a través de su trabajo en algún rincón del engranaje económico, el individuo debe hallar un modo de vivir en este mundo extraño, de llegar a un acuerdo con el poder que éste tiene sobre su persona, contentarse con unas pocas reglas prácticas que lo guíen a través de esa vasta realidad que de otro modo permanecería cerrada a su comprensión, y modificar su anonimato a través de cualquiera "relación humana" que pueda entablar en su interacción con dicho mundo. Debe subrayarse que contrariamente a lo que sostienen algunos críticos de la "sociedad de masas", esto no deja al individuo sumido inevitablemente en un estado de profunda infelicidad y abandono. Pareciera más bien que muchas personas en nuestra sociedad se sienten bastante satisfechas con una situación en la que sus actividades públicas tienen poca importancia subjetiva, considerando al trabajo como una necesidad no tan mala y a la política, cuando más, como un deporte de espectadores. Por lo general, sólo los intelectuales con compromisos éticos y políticos son los que suponen que esas personas han de estar terriblemente desesperadas.

El punto es que el individuo en esta situación, sin importar si es o no feliz, acudirá a otro lugar en busca de las experiencias de autorrealización que sí son importantes para él. La esfera privada, esta área intersticial creada (pensamos nosotros) más o menos al azar como un subproducto de la metamorfosis social del industrialismo, es a donde él se dirigirá principalmente. Es aquí donde el individuo buscará poder, inteligibilidad y, literalmente, un nombre: el aparente poder de configurar un mundo, no importa cuán diminuto, que refleje su propio ser; un mundo que si bien en apariencia ha sido configurado por él mismo y, por tanto, se diferencia de esos otros mundos que insisten en moldearlo a él, es transparentemente inteligible para él (o al menos así lo cree él); un mundo en el cual, en consecuencia, él es *alguien*, e incluso, quizás, dentro de su círculo encantado, amo y señor. Es más, en gran medida estas expectativas no carecen de realismo. Las instituciones públicas no tienen necesidad de controlar las aventuras de los individuos en la esfera privada, en tanto ellas permanezcan dentro de los límites circunscritos de esta última. La esfera privada es percibida, no sin justificación, como un área de elección individual e incluso de autonomía. No cabe discutir aquí las importantes consecuencias que tiene este hecho en la conformación de la identidad en la sociedad moderna. Lo que sí debiera quedar claro es la peculiar ubicación de la esfera privada dentro y entre las

demás estructuras sociales. En suma, sobre todo, y como regla general, *sólo* en la esfera privada el individuo puede tomar un trozo de la realidad y acomodarlo a su mundo. Si se está consciente del significado crucial de esta capacidad e incluso necesidad de los hombres de exteriorizarse en la realidad y de crearse un mundo en el que puedan sentirse en su hogar, entonces difícilmente puede sorprendernos la tremenda importancia que ha llegado a tener la esfera privada en la sociedad moderna.<sup>9</sup>

La esfera privada comprende una variedad de relaciones sociales. Entre éstas, las relaciones familiares ocupan un lugar central, y, de hecho, sirven de foco para la mayoría de las otras relaciones (como las relaciones entre amigos, vecinos, correligionarios y miembros de una misma asociación voluntaria). Puesto que la familia en nuestra sociedad es del tipo conyugal -como los etnólogos siempre nos lo recuerdan-, la relación más importante en toda esta esfera es la matrimonial. En el caso de la mayoría de los adultos en nuestra sociedad, la existencia en la esfera privada se construye sobre la base del matrimonio. No es esta en modo alguno una función universal, ni siquiera transcultural, del matrimonio. Más bien el matrimonio ha adquirido un carácter y una funcionalidad muy peculiares en nuestra sociedad. Se ha señalado que el matrimonio en la sociedad contemporánea ha perdido algunas de sus funciones más antiguas y, en su lugar, ha adquirido otras nuevas.<sup>10</sup> Esto es ciertamente correcto, pero preferiríamos enunciar el asunto de un modo distinto. El matrimonio y la familia solían estar firmemente embebidos en una matriz de relaciones comunitarias mucho más amplias, que servían como extensiones y particularizaciones de los controles sociales de aquélla. Pocas barreras separaban el mundo de la familia individual de la comunidad más amplia, lo que se reflejaba incluso en las condiciones físicas en las cuales vivía la familia antes de la revolución industrial.<sup>11</sup> La misma vida social latía en el hogar, la calle y la comunidad. En nuestros términos, la familia y dentro de ella la relación marital formaban parte y pedazo de un área de conversación mucho más vasta. En nuestra sociedad contemporánea, en cambio, cada familia constituye su propio submundo segregado, con sus propios controles y su propia conversación cerrada.

<sup>9</sup>En estas consideraciones hemos sido influidos por ciertos presupuestos de la antropología marxiana, como también por el trabajo antropológico de Max Scheler, Helmuth Plessner y Arnold Gehlen. Estamos en deuda con Thomas Luckmann por la clarificación de la importancia sociológico-social de la esfera privada.

<sup>10</sup>Véase Talcott Parsons y Robert Bales, eds., *Family, Socialization and Interaction Process* (Nueva York: Free Press, 1955), pp. 3-34, 353-396.

<sup>11</sup>Véase, Philippe Ariès, *Centuries of Childhood* (Nueva York: Knopf, 1962), pp. 339-410.



Este hecho requiere de un esfuerzo mucho mayor por parte de la pareja matrimonial. A diferencia de antaño, en que la unión matrimonial simplemente agregaba algo a la diferenciación y complejidad de un mundo social ya existente, las parejas en la sociedad actual se embarcan en la a menudo difícil tarea de construir ellos mismos el pequeño mundo en el cual habrán de vivir. Por cierto, la sociedad les proporciona algunas instrucciones generales acerca de cómo enfrentar esta empresa, pero ello no quita que para el logro de esta tarea ellos deberán realizar un esfuerzo considerable. El carácter monógamo del matrimonio refuerza la naturaleza dramática y precaria de esta empresa. El éxito o el fracaso dependen de las idiosincrasias presentes y de la evolución bastante incierta de estas idiosincrasias de sólo dos individuos (quienes, además, no poseen un pasado común); es, como lo ha mostrado Simmel, la más inestable de todas las posibles relaciones sociales.<sup>12</sup> No resulta sorprendente que la decisión de embarcarse en esta empresa tenga una connotación crítica, e incluso cataclísmica, en la imaginación popular, la cual es subrayada como asimismo mitigada psicológicamente por el ritual que rodea a este acontecimiento.

Toda relación social necesita ser objetivada, es decir, requiere de un proceso por el cual significados vivenciales subjetivos se vuelven objetivos para el individuo y, a través de la interacción con otros, llegan a ser propiedad común, y por tanto masivamente objetivos.<sup>13</sup> El grado de objetivación dependerá del número e intensidad de las relaciones sociales en las que se sustenta. Una relación de sólo dos individuos llamada a sostener, con sus propios esfuerzos, un mundo social en marcha, tendrá que compensar la pobreza numérica con un cierto grado de intensidad. Esto, a su vez, acentúa el drama y la precariedad. La posterior llegada de los niños contribuirá a la densidad de la objetivación que tiene lugar al interior de la familia nuclear, con lo cual ésta última se vuelve bastante menos precaria. Persiste el hecho de que el establecimiento y mantención de este mundo social plantea grandes exigencias a sus protagonistas principales.

Podemos intentar ahora delinear el proceso ideal-típico que tiene lugar en la medida que el matrimonio opera como un medio instrumental para la construcción social de la realidad. Los principales protagonistas del drama son dos individuos, cada cual provisto de un repertorio acumulado y disponible de experiencias biográficas.<sup>14</sup> Como miembros de una sociedad altamente

<sup>12</sup>Véase Kurt Wolff, ed., *The Sociology of Georg Simmel* (Nueva York: Free Press, 1950), pp. 118-144.

<sup>13</sup>Véase Schutz, *Aufbau*, op. cit. pp. 29-36, 149-153.

<sup>14</sup>Véase ibídem., pp. 186-192, 202-210.

móvil, estos individuos ya han internalizado cierto grado de aptitud para redefinirse a sí mismos y modificar su experiencia almacenada, de manera que su capacidad psicológica para iniciar nuevas relaciones con otros individuos es considerable.<sup>15</sup> Además, al provenir de sectores sociales similares (en términos de región, clase, origen étnico y religión), los dos tendrán organizado su repertorio de experiencias de un modo similar. En otras palabras, los dos individuos habrán internalizado el mismo universo, incluyendo las definiciones generales y las expectativas acerca de la relación matrimonial misma. La sociedad los ha provisto de una imagen del matrimonio y los ha socializado anticipándoles los roles comúnmente aceptados del matrimonio. Con todo, estas proyecciones relativamente vacías tienen que ser ahora actualizadas, vividas y llenadas con contenidos vivenciales por los protagonistas. Esto requerirá un cambio dramático de sus definiciones de la realidad y de sí mismos.

En cuanto al matrimonio, gran parte de las acciones de cada cónyuge deben ser ahora proyectadas en conjunto. Las definiciones de la realidad de cada cónyuge deben ser continuamente correlacionadas con las definiciones del otro. El otro está presente en casi todos los aspectos de la conducta diaria. Es más, la identidad de cada uno adquiere ahora un carácter nuevo, pues debe ser igualada permanentemente con la del otro; de hecho, la gente suele percibirla como asociada simbióticamente a la identidad del otro. En la organización psicológica de los "otros significativos" de cada cónyuge, el cónyuge pasa a ser el otro *par excellence*, el cohabitante más cercano e importante del mundo. De hecho, todas las otras relaciones significativas deben ser, casi automáticamente, repercibidas y reagrupadas en conformidad a este drástico cambio.

En otras palabras, desde el comienzo del matrimonio las experiencias significativas de cada cónyuge respecto del mundo en general, de los otros y de sí mismos, presentan nuevas formas. Por definición, entonces, el matrimonio constituye una ruptura *nómica*. En términos de la historia personal de cada cónyuge, el matrimonio mismo da origen a un nuevo proceso *nómico*. Los protagonistas rara vez perciben, con algún grado de claridad, las profundas implicancias de este hecho. Más bien existe la idea de que el mundo de uno, las relaciones de uno y, sobre todo, uno mismo siguen siendo los de antes, sólo que, por cierto, ese mundo, esos otros y uno mismo serán ahora compartidos con el cónyuge. A estas alturas debiera estar claro que esta noción

<sup>15</sup>El conocido concepto de "otra dirección" de David Riesman también se podría aplicar aquí.

constituye un grave error. Precisamente por este hecho el matrimonio impulsa al individuo hacia un desarrollo no previsto y desarticulado, en el curso del cual ocurre la transformación *nómica*. Lo que típicamente se percibe son ciertos problemas concretos y objetivos que surgen del matrimonio, como las tensiones con los parientes políticos o con antiguos amigos, o diferencias religiosas entre los cónyuges, así como tensiones inmediatas entre ellos. Estas son percibidas como dificultades externas, incidentales y prácticas. Lo que *no* se comprende es el lado subjetivo de estas dificultades, es decir, las transformaciones que han sufrido y siguen sufriendo el *nomos* y la identidad, de modo que todos los problemas y relaciones se experimentan de un modo completamente diferente, dentro de una nueva y siempre cambiante realidad.

Tomemos un ejemplo simple y frecuente: las relaciones del marido con sus amigos del mismo sexo antes y después del matrimonio. Se observa comúnmente que dichas relaciones no perduran durante el matrimonio, especialmente si el amigo es soltero, o, si se mantienen, son drásticamente redefinidas. Esto no suele ser el resultado ni de una decisión deliberada por parte del marido ni de un sabotaje premeditado por parte de la esposa. Lo que tiene lugar, simplemente, es un proceso lento en el cual la imagen que el marido tiene de su amigo se transforma a medida que conversa sobre él con su esposa. Aun sin que haya realmente una conversación, la sola presencia de la esposa hace que él vea a su amigo de un modo diferente. Esto no significa que haga suya una imagen negativa que de su amigo tiene la esposa. No importa cuál sea la imagen que ella tenga de su amigo o la que él crea que ella tenga, ésta será diferente de la que tiene el esposo. Esta diferencia entrará a la imagen conjunta que ahora debe crearse en el curso de la continua conversación entre los cónyuges; y, a su debido tiempo, actuará poderosamente sobre la imagen sostenida antes por el marido. Una vez más, este proceso es rara vez entendido con algún grado de lucidez. El antiguo amigo, probablemente, desaparecerá de la escena de manera paulatina, a medida que nuevos amigos tomen su lugar. Este proceso, si es que llega a ser comentado en la conversación matrimonial, siempre puede ser explicado mediante fórmulas sociales disponibles como "la gente cambia", "los amigos desaparecen", o uno mismo "se ha vuelto más maduro". Este proceso de eliminación a través de la conversación es particularmente efectivo pues es unidireccional: el marido generalmente habla con su mujer acerca de su amigo, pero *no* de su mujer con su amigo. De este modo el amigo queda privado de una defensa, por decirlo así, que le dé la oportunidad de replicar a la definición de la relación. Este predominio de la conversación matrimonial sobre todas las otras es una de sus características más importantes. Puede ser atenuada por una cierta cantidad de segregación protectora de algunas relaciones no-

conyugales (por ejemplo: "salida de los martes por la noche con los niños" o "almuerzo del sábado con mamá"), pero aun así hay poderosas barreras emocionales en contra de un tipo de conversación (esto es, conversación sobre la relación matrimonial) que pudiera servir como contraposición a la definición.

El matrimonio, de este modo, plantea una nueva realidad. La relación del individuo con esta nueva realidad es, sin embargo, dialéctica: él actúa sobre ella, en complicidad con su cónyuge, y ésta actúa de vuelta sobre ellos dos, fundiendo sus realidades. Puesto que, como hemos argumentado anteriormente, la objetivación que da forma a esta realidad es precaria, los grupos con los cuales la pareja se vincula tienen la misión de ayudar a la definición conjunta de esta nueva realidad. La pareja es impulsada hacia grupos que fortalecen la nueva definición de ellos mismos y del mundo, y elude a aquellos que debilitan esta definición. Esto, a su vez, libera las bien conocidas presiones de las asociaciones grupales, las que actúan sobre la pareja haciendo que los cónyuges cambien sus definiciones del mundo y de ellos mismos. Así, la nueva realidad no se asienta de una vez y para siempre, sino más bien sigue siendo redefinida no sólo en la interacción matrimonial misma, sino también en las diversas relaciones de grupo, de base marital, de las que participa la pareja.

De ahí que en la biografía del individuo el matrimonio dé origen a una fase decisiva de socialización que puede ser comparada con aquellas de la niñez y de la adolescencia. Esta fase tiene una estructura un tanto diferente de las anteriores. Allí el individuo fue socializado principalmente en moldes ya existentes. Aquí él colabora activamente en lugar de adaptarse en forma pasiva. A su vez, en las etapas previas de socialización había cierto temor a ingresar a un mundo nuevo y de experimentar cambios en el proceso. En el matrimonio hay poco temor a un proceso tal, más bien existe la idea de que el mundo sigue igual y que sólo sus connotaciones emocionales y pragmáticas han cambiado. Esta noción, como hemos intentado mostrar, es ilusoria.

La reconstrucción del mundo en el matrimonio se produce principalmente en el curso de la conversación, como ya lo hemos sugerido. El problema implícito en esta conversación es cómo ensamblar dos definiciones individuales de la realidad. Por la misma lógica de la relación se debe llegar a una definición global común; de lo contrario, la conversación se volverá imposible e *ipso facto* la relación peligrará. Esta conversación quizá pueda entenderse como la elaboración de un aparato organizador y tipificador o, si se prefiere, un aparato objetivante. Cada cónyuge está continuamente aportando sus concepciones de la realidad, las que luego son "discutidas a fondo" -por

lo general no una sino varias veces- y en el proceso llegan a ser objetivadas por el aparato conversativo. Cuanto más se prolongue la conversación, tanto más reales serán las objetivaciones para los cónyuges. En la conversación matrimonial no sólo se construye un mundo, sino que éste se mantiene a su vez en estado de reparación y constante reabastecimiento. La misma conversación sostiene, para ambos cónyuges, la realidad subjetiva de este mundo. La instrumentalidad *nómica* del matrimonio se concreta una y otra vez, desde el lecho hasta la mesa del desayuno, a medida que la pareja prosigue la conversación interminable que alimenta todo lo que experimentan individualmente o en conjunto. Es más, puede suceder que ninguna experiencia sea plenamente real a menos que y hasta que haya sido "discutida a fondo".

Este proceso tiene un efecto muy importante, a saber, produce un afiatamiento o estabilización de la realidad común objetivada. Debiera ser fácil entender ahora cómo se origina esto. Las objetivaciones que continuamente efectúa e interioriza la pareja se vuelven cada vez más reales a medida que son confirmadas y reconfirmadas en la conversación matrimonial. El mundo construido con estas objetivaciones adquiere al mismo tiempo mayor estabilidad. Por ejemplo, las imágenes de otras personas, que antes o en las primeras etapas de la conversación matrimonial pudieron haber sido un tanto ambiguas y variables en las mentes de los cónyuges, ahora se solidifican en caracterizaciones definidas y estables. Una relación casual pudo haberle parecido a la esposa, antes del matrimonio, a veces muy entretenida y otras muy aburrida. Bajo la influencia de la conversación matrimonial, en la cual aquella otra persona es habitualmente "discutida", la esposa se quedará ahora, más resueltamente, con una u otra de las caracterizaciones o llegará a un razonable punto medio entre las dos. En cualquiera de los tres casos, ella habrá configurado junto con su marido una imagen de la persona en cuestión mucho más estable de la que probablemente tenía antes del matrimonio, cuando no existía una presión conversativa para tomar una decisión definitiva. El mismo proceso de estabilización se puede observar también respecto de las autodefiniciones. La esposa de nuestro ejemplo no sólo se sentirá presionada a asignar caracterizaciones estables a los demás sino también a sí misma. Si antes no se interesaba en la política, ahora se identifica como liberal. Si antes alternaba entre posiciones religiosas nebulosamente articuladas, ahora se declara agnóstica. Si antes se sentía confusa e insegura frente a sus emociones sexuales, ahora se define como una desenfadada hedonista en esta área. Y así sucesivamente, la misma realidad y procesos de estabilización de la identidad van ocurriendo en el marido. De este modo, tanto el mundo como el yo adquieren un carácter más firme y más seguro para ambos cónyuges.

Además, no son tan sólo las experiencias presentes de los dos cónyuges las que permanentemente se comunican y comparten a través del aparato conversativo. También se comparte el pasado. Las dos biografías distintas -aprehendidas subjetivamente por los dos individuos que las han vivido- son desechadas y reinterpretadas en el curso de la conversación. Tarde o temprano ellos "dirán todo" o, más correctamente, ellos lo dirán de modo tal que se ajuste a las autodefiniciones objetivadas en la relación matrimonial. Por tanto, la pareja no sólo construye la realidad presente sino que también reconstruye la realidad pasada, creando una memoria común que integra los recuerdos de los dos pasados individuales.<sup>16</sup> El extremo cómico de este proceso puede apreciarse en aquellos casos en que un cónyuge recuerda con más claridad que el otro mismo lo que a aquel le sucedió en el pasado, y entonces lo corrige. También se comparten los horizontes futuros, lo que conduce no sólo a la estabilización sino que, de manera inevitable, a un estrechamiento de los planes futuros de cada cónyuge. El individuo, antes del matrimonio, suele jugar con fantasías muy divergentes en las que se proyecta su yo futuro.<sup>17</sup> Habiendo ya estabilizado considerablemente su autoimagen, el individuo casado tendrá que proyectar su futuro de acuerdo con su identidad definida maritalmente. Este estrechamiento de los horizontes futuros comienza con las obvias limitaciones externas que impone el matrimonio, como, por ejemplo, respecto de los planes vocacionales y de carrera. Sin embargo, también se extiende hacia las posibilidades más generales de la biografía individual. Para retomar un ejemplo anterior, la esposa, habiéndose "descubierto" a sí misma como una persona liberal, agnóstica y "sexualmente sana", elimina *ipso facto* las posibilidades de llegar a ser anarquista, católica o lesbiana. Al menos por ahora ha decidido quién es y, por la misma razón, quién habrá de ser. La estabilización que trae consigo el matrimonio afecta, de este modo, la realidad total dentro de la cual existe la pareja. En el sentido más amplio de la palabra, el individuo casado "asienta cabeza", y así *debe* ser para que el matrimonio sea posible de acuerdo con su definición institucional contemporánea.

Ningún énfasis resulta suficiente para subrayar que este proceso pasa generalmente inadvertido; tiene un carácter casi automático. Los protagonistas del drama matrimonial *no* se abocan en forma deliberada a recrear su

<sup>16</sup>Véase Maurice Halbwachs, *Les cadres sociaux de la mémoire* (París: Presses Universitaires de France, 1952), esp. pp. 146-177. También véase Peter Berger, *Invitation to Sociology - A Humanistic Perspective* (Garden City, Nueva York: Doubleday-Anchor, 1963), pp. 54-65.

<sup>17</sup>Véase Schutz, *Collected Papers*, vol. I, pp. 72-73, 79-82.

mundo. Cada cual sigue viviendo en un mundo que se da por sentado y que mantiene ese carácter incluso mientras es transformado. El nuevo mundo que han creado los cónyuges, al igual que Prometeo, es percibido por ellos como el mundo normal en el cual ya han vivido antes. El presente reconstruido y el pasado reinterpretado son percibidos como un continuo que se prolonga hacia adelante, hacia un futuro proyectado en común. El cambio dramático que ha tenido lugar, en lo esencial, permanece inadvertido e inarticulado. Y cuando exige la atención del individuo, es retrotraído al pasado, se lo explica como algo que siempre estuvo allí, quizás de un modo oculto. Comúnmente, la realidad que ha sido "inventada" dentro de la conversación matrimonial es percibida subjetivamente como un "descubrimiento". Así, los cónyuges se "descubren" a sí mismos y al mundo, descubren "quiénes son ellos realmente", "en qué creen realmente", "cómo sienten y siempre han sentido realmente sobre esto y aquello". Este retrotraer del mundo que ellos realizan permanentemente sirve para acrecentar la estabilidad de este mundo y al mismo tiempo para mitigar la "ansiedad existencial" que, probablemente en forma inevitable, acompaña la percepción de que sólo nuestros propios y estrechos hombros sostienen el universo en el que hemos escogido vivir. Si se puede decirlo así, es psicológicamente más tolerable ser Colón que Prometeo.

El uso del término "estabilización" no debería restarle importancia a la dificultad y precariedad que presenta esta empresa de construcción del mundo. Algunas veces el nuevo universo se derrumba *in statu nascendi*. Con mayor frecuencia, se manüene por un tiempo, tambaleándose peligrosamente hacia atrás y hacia adelante en tanto los dos cónyuges tratan de sostenerlo, siendo finalmente abandonado como una tarea imposible. Si se concibe la conversación matrimonial como el drama principal y a los dos cónyuges como los protagonistas principales del drama, entonces se puede considerar a los demás individuos participantes como el coro que sostiene la acción del drama central. Hijos, amigos, parientes y relaciones ocasionales, todos contribuyen a reforzar la tenue estructura de la nueva realidad. De más está decir que los niños son la parte más importante de este coro de apoyo. Su existencia misma se funda en un mundo maritalmente establecido. Los propios cónyuges son los encargados de su socialización dentro este mundo, que para los niños tiene un carácter preexistente y autoevidente. Se les enseñan desde un comienzo, precisamente, las líneas que se prestan al coro de apoyo, desde sus primeras invocaciones "papi" y "mami" hasta la adopción del aparato organizador y tipificador de los padres que ahora define *su* mundo también. La conversación matrimonial está ahora en proceso de convertirse en un simposio familiar, con la consecuencia necesaria de que sus objetivizaciones ganan rápidamente densidad, plausibilidad y estabilidad.

En suma, el proceso que hemos estado investigando es, de un modo ideal-típico, uno en el que la realidad se cristaliza, se hace más estrecha y se estabiliza. Las ambivalencias se convierten en certezas. Las tipificaciones del propio yo y de los demás se asientan. Generalmente, las posibilidades se convierten en hechos. Lo que es más, este proceso de transformación permanece, la mayor parte del tiempo, inadvertido por aquellos que son tanto sus autores como su objeto.<sup>18</sup>

Hemos analizado con algún detalle el proceso que, a nuestro juicio, nos autoriza a describir el matrimonio como un instrumento *nómico*. Conveniría ahora regresar nuevamente al contexto macrosocial en el cual tiene lugar este proceso -un proceso que, reiteramos, es peculiar a nuestra sociedad en lo que a la institución del matrimonio respecta, aunque expresa obviamente hechos humanos mucho más generales-. El estrechamiento y estabilización de la identidad resultan funcionales en una sociedad que, a través de sus instituciones públicas más importantes, debe insistir en mantener fuertes controles sobre la conducta de los individuos. Al mismo tiempo, el estrecho enclave de la familia nuclear sirve como una "área de juego" macrosocial inocua dentro de la cual el individuo puede ejercitar sin peligro sus propensiones constructoras-de-mundo sin perturbar ninguna de las principales estructuras sociales, económicas y políticas. Impedido de expandirse hacia el área ocupada por esas importantes instituciones, se le permite sin embargo gran libertad para "descubrirse a sí mismo" en el matrimonio y la familia; y, en vista de las dificultades que entraña esta empresa, es provisto de un número de instrumentos auxiliares prestos a ayudarlo (organizaciones de orientación, sicoterapia e instituciones religiosas). De seguro, la aventura matrimonial absorbe una cantidad de energía enorme que de otro modo se podría gastar de una manera más peligrosa. Los temas ideológicos del "familismo", el amor romántico, la expresión sexual, la madurez y la adaptación social, y la extendida antropología sicologista que los sustenta, sirven para la legitimación de esta empresa. Asimismo, el estrechamiento y la estabilización de la principal área de conversación del individuo dentro de la familia nuclear son funcionales en una sociedad que requiere de una alta movilidad geográfica y social. El pequeño y segregado mundo familiar puede ser fácilmente separado de un ambiente y trasladado a otro sin interferir

<sup>18</sup>El fenómeno discutido aquí también se podría formular de acuerdo a las categorías marxianas de reificación y conciencia falsa. La obra reciente de Jean Paul Sartre, especialmente *Critique de la raison dialectique*, busca integrar estas categorías dentro de un análisis fenomenológico de la conducta humana. También, véase Henri Lefebvre, *Critique de la vie quotidienne* (Paris: L'Arche, 1958-1961).



apreciablemente los procesos centrales que están ocurriendo dentro de él. Obviamente, no estamos sugiriendo que estas funciones sean deliberadamente planeadas, ni siquiera percibidas, por algún mítico directorio rector de la sociedad. Como sucede con la mayoría de los fenómenos sociales, ya sean macro o microscópicos, estas funciones son típicamente no intencionales e inarticuladas. Es más, la funcionalidad se vería menoscabada de ser ella percibida demasiado ampliamente.

Creemos que las consideraciones teóricas expuestas contribuyen a dar una perspectiva nueva a una variedad de hechos empíricos estudiados por los sociólogos de la familia. Tal como lo hemos subrayado varias veces, nuestras consideraciones son ideales-típicas en su intención. Nos ha interesado el matrimonio de clase media, contraído a una edad normal, en las sociedades urbanas y occidentales. No podemos abordar aquí casos especiales como los matrimonios o segundos matrimonios en una edad más avanzada, el matrimonio en las subculturas rurales todavía existentes o en los grupos minoritarios étnicos o de clase baja. Sin embargo, pensamos que esta limitación del ámbito de análisis se justifica por los hallazgos empíricos que apuntan hacia la noción de que un tipo global de matrimonio está emergiendo en los estratos centrales de las sociedades industriales modernas.<sup>19</sup> Este tipo, denominado habitualmente "familia nuclear", ha sido analizado en términos de un cambio desde la llamada familia "de orientación" a la llamada familia "de procreación" (como la referencia más importante para el individuo).<sup>20</sup> Además de las ya conocidas razones socioeconómicas de este cambio, la mayoría de las cuales están enraizadas en el desarrollo de las sociedades industriales, sostenemos que importantes funciones macrosociales atañen al proceso *nómico* dentro de la familia nuclear, según ya lo hemos analizado. Esta funcionalidad de la familia nuclear debe ser vista, además, en conjunción con la ideología de la familia que la refleja y la refuerza a la vez. Unos pocos elementos empíricos específicos bastan para indicar la aplicabilidad de nuestra perspectiva teórica.

<sup>19</sup>Véanse Renate Mayntz, *Die moderne Familie* (Stuttgart: Enke, 1955); Helmuth Schelsky, *Wandlungen der deutschen Familie in der Gegenwart* (Stuttgart: Enke, 1955) Maximilien Sorre, ed., *Sociologie comparée de la famille contemporaine* (París: Centre National de la Recherche Scientifique, 1955); Ruth Anshen, ed., *The Family - Its Function and Destiny* (Nueva York: Harper, 1959); Norman Bell and Ezra Vogel, *A Modern Introduction to the Family* (Nueva York: Free Press, 1960).

Talcott Parsons, *Essays in Sociological Theory* (Nueva York: Free Press, 1949), pp. 233-250.

Para exponerlos utilizaremos datos que hemos seleccionado de estudios realizados en Norteamérica.<sup>21</sup>

Se ha observado la tendencia a contraer matrimonio a una edad más temprana. Esto ha sido relacionado correctamente con factores tales como la libertad urbana, la liberación sexual y los valores igualitarios. Agregaríamos el importante hecho de que un niño criado en el mundo circunscrito de la familia nuclear queda marcado por ésta en lo que respecta a sus necesidades psicológicas y expectativas sociales. Al tener que vivir en una sociedad más extensa, de la cual se encuentra segregada la familia nuclear, el adolescente pronto siente la necesidad de tener un "pequeño mundo" propio, puesto que ha sido socializado de una manera tal que sólo teniendo ese mundo en el cual retirarse podrá él enfrentar con éxito el "gran mundo" anónimo que le espera en cuanto se marcha de la casa paterna. En otras palabras, sentirse "en casa" en la sociedad implica, por definición, la construcción de un submundo basado en el matrimonio. La casa paterna facilita este salto temprano al matrimonio, puesto que sus controles son de muy limitado alcance y dejan al adolescente librado a sus propios instrumentos *nórmicos* a una temprana edad. Como se ha estudiado en detalle, el grupo de amistades del adolescente actúa en su biografía como un *nomos* de transición entre los dos mundos familiares.<sup>22</sup>

Asimismo, se ha advertido una mayor igualdad en la edad de los cónyuges.<sup>23</sup> Sin duda, esto se debe relacionar también con los valores igualitarios y, conjuntamente, con la declinación del "doble estándar" en la moral sexual. Además, este hecho es muy propicio para esa empresa -que ya hemos analizado- de construcción de una realidad común. Uno de los rasgos de esta última, como señaláramos, es la reconstrucción de las dos biografías en términos de una memoria común cohesiva y mutuamente correlacionada. Por cierto, esta tarea resulta más fácil cuando los dos cónyuges tienen

<sup>2 2</sup> Véase David Riesman, *The Lonely Crowd* (New Haven: Yale University

<sup>21</sup> Naturalmente, no intentamos aquí, como en otras referencias a estudios empíricos, ser exhaustivos. Las referencias se dan como representativas de un conjunto mucho más extenso de materiales. Véase Paul Glick, *American Families* (Nueva York: Wiley, 1957), p. 54. También véase Glick, "The Family Cycle", *American Sociological Review*, abril 1947, pp. 164-174. También véase Bureau of the Census, *Statistical Abstracts of the United States*, 1956 y 1958; *Current Population Reports*, Series P-20 N° 96 (noviembre 1959).

Press, 1953), pp. 29-40; Frederick Elkin, *The Child and Society* (Nueva York: Random House, 1960), *passim*.

<sup>23</sup> Véase referencias en nota 21, *supra*.

aproximadamente la misma edad. Otro hallazgo empírico para el cual son relevantes nuestras consideraciones es la elección de un cónyuge con antecedentes socioeconómicos similares.<sup>24</sup> Aparte de las evidentes presiones prácticas en favor de estas limitaciones de elección, éstas últimas aseguran, a su vez, una semejanza suficiente en los depósitos de experiencia biográficamente acumulados, de manera de facilitar el proceso de construcción de la realidad ya descrito. Esto podría explicar aún más la tendencia observada hacia una disminución de las limitaciones en la elección matrimonial, por ejemplo, en términos de orígenes religiosos.<sup>25</sup>

Existe hoy una cantidad importante de datos acerca de cómo se asumen y se ajustan mutuamente los roles matrimoniales.<sup>26</sup> Nuestras consideraciones nada quitan al análisis de estos datos que realizan aquellos sociólogos interesados principalmente en los procesos de interacción grupal. Sólo diríamos que algo mucho más importante está envuelto en este proceso de adopción de roles, a saber: la relación del individuo con la realidad como tal. Cada rol en la situación matrimonial lleva consigo un universo de discurso, dado en líneas generales por una definición cultural, pero permanentemente reactualizado en la conversación de los cónyuges. Dicho en forma simple: el matrimonio implica no sólo asumir nuevos roles, sino que, más allá de esto, ingresar en un mundo nuevo. El *carácter mutuo* de la adaptación puede nuevamente relacionarse con el aumento del "igualitarismo matrimonial", pues éste exige un esfuerzo comparable por parte de ambos cónyuges.

Más directamente atingentes a nuestras consideraciones son los datos acerca de la mayor estabilidad de los casados en relación con los individuos no casados.<sup>27</sup> Aunque habitualmente se les presenta con términos psicológicos

<sup>24</sup>Véase W. Lloyd Warner y Paul Lunt, *The Social Life of a Modern Community* (New Haven: Yale University Press, 1941), pp. 436-440; August Hollingshead, "Cultural Factors in the Selection of Marriage Mates", *American Sociological Review*, octubre 1950, pp. 619-627. También véase Ernest Burgess y Paul Wallin, "Homogamy in Social Characteristics", *American Journal of Sociology*, septiembre 1943, pp. 109-124.

<sup>25</sup>Véase Gerhard Lenski, *The Religious Factor* (Carden City, Nueva York: Doubleday, 1961), pp. 48-50.

<sup>26</sup>Véase Leonard Cottrell, "Roles in Marital Adjustment", *Publications of the American Sociological Society*, 27 (1933), pp. 107-115; Willard Waller y Reuben Hill, *The Family - A Dynamic Interpretation* (Nueva York: Dryden, 1951), pp. 253-271; Morris Zelditch, "Role Differentiation in the Nuclear Family", en Parsons and Bales, eds., *Family, Socialization and Interaction*, pp. 307-352. Para una discusión general de la interacción de roles en grupos pequeños, véase especialmente George Homans, *The Human Group* (Nueva York: Harcourt Brace, 1950).

<sup>27</sup>Véase Walter y Hill, *The Family*, pp. 253-271, para un excelente resumen de tales datos.

engañosos (tales como "mayor estabilidad emocional", "mayor madurez" y así sucesivamente), estos datos están suficientemente validados como para ser utilizados no sólo por consejeros matrimoniales sino también por las compañías de seguros, para efectos de los cálculos de riesgo. Creemos que nuestra perspectiva teórica coloca estos datos en un marco de referencia sociológico mucho más inteligible, el que además está exento de los sesgos valóricos específicos que conllevan los términos psicológicos. Por supuesto que las personas casadas son más estables emocionalmente (actúan dentro de un ámbito más controlado de expresión emocional), más maduras en sus puntos de vista (habitan un mundo más firme y más estrecho conforme a las expectativas de la sociedad) y son más seguras de sí mismas (han objetivado una definición de sí mismas más estable y afiada). *Por tanto*, es más posible que sean psicológicamente equilibradas (han eliminado gran parte de su "ansiedad" y reducido su ambivalencia así como su apertura a nuevas posibilidades de autodefinición) y socialmente predecibles (mantienen su conducta dentro de las reglas de seguridad establecidas por la sociedad). Todos estos fenómenos son concomitantes del hecho global de "asentar cabeza" -cognitivamente, emocionalmente, en términos de autoidentificación-. Referirse a estos fenómenos como indicadores de "salud mental", menos aún de "adaptación a la realidad", es ignorar el hecho decisivo de que la realidad es construida socialmente y que los estados psicológicos de todo tipo están cimentados en una matriz social.

Diríamos, muy simplemente, que el individuo casado llega a vivir en un mundo más estable, hecho del cual se pueden deducir inmediatamente algunas consecuencias psicológicas. Otorgar a estas últimas una jerarquía ontológica más elevada es, *ipso facto*, un síntoma de falta de comprensión o mala comprensión del proceso social que las ha producido. Es más, la compulsión por legitimar el mundo marital estabilizado, ya sea en términos psicológicos o religiosos tradicionales, es otra expresión de la precariedad de su construcción.<sup>28</sup> No es este el lugar apropiado para extenderse en los procesos ideológicos aquí comprometidos. Baste decir que la psicología contemporánea actúa para favorecer la mantención de este mundo precario asignándole un *status* de "normalidad", una operación de legitimación que se conecta cada vez más con el *status* "sagrado" que desde más antiguo le ha asignado la religión. Ambas instituciones de legitimación han establecido sus propios ritos de tránsito de un estado a otro (mitos y rituales de validación)

<sup>28</sup>Véase Dennison Nash y Peter Berger, "The Family, the Child and the Religious Revival in Suburbia", *Journal for the Scientific Study of Religion*, otoño 1962, pp. 85-93.

y servicios de "reparación", individualizados para situaciones de crisis. Que uno legitime su propia realidad maritalmente construida en términos de "salud mental" o del "sacramento del matrimonio", es materia que hoy ha quedado, en gran parte, sujeta a la libre preferencia del consumidor; sin embargo, ello es indicativo de la cristalización de un nuevo universo general de discurso en cuanto a que cada vez es más posible hacer ambas cosas al mismo tiempo.

Finalmente, mencionaremos aquí algunos datos empíricos acerca del divorcio.<sup>29</sup> El creciente predominio del divorcio quizás parezca, a primera vista, como un argumento en contra de nuestras consideraciones teóricas. Pero sostenemos que justamente lo opuesto es lo cierto, como los datos mismos lo confirman. Los individuos en nuestra sociedad no se suelen divorciar porque el matrimonio ha dejado de ser importante para ellos, sino más bien porque ha llegado a ser tan importante que son incapaces de tolerar que el matrimonio, contraído con el individuo particular en cuestión, sea menos que completamente exitoso. Esto se puede entender mejor cuando se ha comprendido la necesidad crucial por el tipo de mundo que sólo el matrimonio puede producir en nuestra sociedad, un mundo sin el cual el individuo se ve fuertemente amenazado por la *anómia*, en el más cabal sentido de la palabra. Además, la frecuencia de los divorcios simplemente refleja cuán difícil y exigente es esta empresa. El hecho empírico de que la mayoría de los individuos divorciados planea volver a casarse y que muchos de ellos de hecho lo hacen, al menos en Estados Unidos, confirma plenamente este planteamiento.<sup>30</sup>

Nuestra intención aquí no ha sido la de polemizar, ni tampoco queremos defender ningún valor en particular en relación con el matrimonio. Hemos tratado de desmitificar la ideología familista sólo en la medida en que ella sirve para obscurecer una comprensión sociológica del fenómeno. Nuestro propósito ha sido doble. Primero, hemos querido demostrar que es posible desarrollar una teoría sociológica del matrimonio sobre la base de presupuestos sociológicos claros, sin categorías psicológicas o psiquiátricas cuyo valor es dudoso en un marco de referencia sociológico. Creemos que tal teoría sociológica del matrimonio es generalmente útil en la sociedad contemporánea,

<sup>29</sup>Véase Bureau of the Census, *Statistical Abstracts*.

<sup>30</sup>Véase Talcott Parsons, "Age and Sex in the Social Structure of the United States", *American Sociological Review*, diciembre 1942, pp. 604-616; Paul Glick, "First Marriages and Remarriages", *American Sociological Review*, diciembre 1949, pp. 726-734; William Goode, *After Divorce* (Nueva York: Free Press, 1956), pp. 269-285.

y no sólo sirve al sociólogo, para tener un conocimiento plenamente consciente de la existencia. Segundo, hemos utilizado el caso del matrimonio como un ejercicio en la sociología del conocimiento, una disciplina que consideramos sumamente promisoría. Hasta ahora esta disciplina se ha ocupado casi exclusivamente de problemas macrosociológicos, como aquellos concernientes a la relación de la historia intelectual con los procesos sociales. Creemos que la visión microsociológica es igualmente importante para esta disciplina. La sociología del conocimiento debe ocuparse no sólo de los grandes universos de significado que la historia ofrece a la investigación, sino también de la gran cantidad de pequeños talleres en los cuales los seres humanos individuales continúan construyendo y manteniendo estos universos. De este modo, el sociólogo puede contribuir de manera importante a iluminar el mundo cotidiano en el que todos vivimos y al que ayudamos a configurar en el curso de nuestra biografía. CU